

La mágica niñez

Libros Por Miguel García-Posada.

Con una obra nada exigua para su juventud, Andrés Barba (Madrid, 1975) se enfrenta en *Las manos pequeñas* al difícil mundo de la niñez. Difícil novelescamente, en los antípodas de la fluidez con que ha sido tratado en otros registros. Recordemos el delicioso *Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio, que sigue siendo su obra maestra, por encima de otras tentativas del autor; con razón Juan Benet deploraba hace años el cambio de rumbo - hacia el realismo- que imprimió Ferlosio a su obra, que no alcanzó la brillantez y los niveles imaginativos de aquel librito.

A Barba se le ofrecían también otros modelos: *Los niños terribles*, de Jean Cocteau, que sigue siendo referencia sustancial; algunas rememoraciones de Cesare Pavese u otros relatos ad hoc de Alberto Moravia (Agostino), o alguna indagación sobre el tema de Vicente Soto; habrá que recordar también *Duelo en el paraíso*, del mejor Goytisolo; cuando se movía en los ámbitos de Capote y el realismo del sur americano.

No cabe permanecer inmunes al extraordinario *Réquiem a la muerte de un niño*, de Rilke, que invoca el propio Barba como antecedente y que puede ahora leerse con los restantes poemarios fúnebres en la ejemplar traducción y edición bilingüe de Jesús Munárriz (*Réquiem*, Hiperión; Madrid, 2008). La literatura alemana ha sido especialmente sensible al género; valga el impresionante *Canto de los niños muertos*, del gran poeta alemán Friedrich Rückert, que fue magistralmente musicado por Gustav Mahler.

Andrés Barba se sumerge en el mundo infantil cruzándolo con el de la literatura fantástica. Marina, la niña protagonista, internada en un orfanato, tiene una muñeca que le regalaron en el hospital, y la somete a enigmáticos rituales que manifiestan inquietantes mutaciones que habrá que interpretar en un sentido más bien psicológico y hacen de la muñeca el centro de la existencia de ella y de sus amigas; pero se tiene la sensación de estar ante un continuado *trompe l'oeil*, aunque seguramente no es así.

El estilo de Andrés Barba es elegante, sobrio, transparente, dúctil, exhibe una sorprendente economía verbal y está exento de esos tics costumbristas que no escatima la reciente narrativa española. Es, sin duda, lo mejor del libro; a su lado palidecen las operaciones e imágenes enigmáticas que suscitan las arduas estrategias mágicas de la niña, secundada por sus compañeras de internado.